

## La moda del archisílabo

(*El País*, 21. 09. 1995)

Como se conoce que hablar en prosa era ya muy fácil, ahora nos deleitamos con la prosa *archisílaba*; a ser posible, *requetesilábica*. ¿Ande o no ande, caballo grande?; pues, valga o no valga, palabra larga. La consigna es llenarse literalmente la boca. Ante el temor a empequeñecer, nos encampanamos en nuestros vocablos y acabamos la mar de satisfechos en la grandilocuencia. Si al desgraciado circo del chiste le crecían los enanos, en nuestro circo verbal nos crecen a ojos vistas las palabras. Se diría que, a mayor pobreza en la comunicación, mayor engolamiento en el ropaje de lo comunicado, y cuanto menos enjundia, más abundante farfolla. Por alguna regla que al psicólogo del lenguaje le tocaría desvelar, el *blablablá* ya no lo parece tanto cuando se torna un *blablablaba*. El caso es disfrazar el vacío. De esto siempre han sabido bastante algunos miembros de la universidad y muchos zotes de la orden de fray Gerundio. Hoy, con la inestimable ayuda de los *comunicadores* y su parentela triunfante, la peste se ha adueñado de todos. Un hablante que se precie ha de discurrir, por lo menos, en pentasílabos. Tiene que medir sus palabras, sí, pero no para elegir la más justa, sino la más rimbombante.

No es preciso rastrear tan sólo en ciertas jergas abstrusas del día (verbigracia, la pedagógica) para probar este fenómeno. En nuestro común empeño por prolongar las palabras, nada importa incluso trastocar su significado. Así que escogeremos siempre *ejercitar* en lugar de 'ejercer', *complementar* por 'completar', *cumplimentar* por 'cumplir', *señalizar* por 'señalar', *climatología* por 'clima' o 'tiempo', *metodología* por 'método' y *problemática* por 'problema'. En la reciente consagración universal del *comentar*, aun a costa de variar su sentido, no es lo de menos que posea una sílaba de ventaja sobre los modestos 'contar', 'decir' o 'hablar'. ¿Acaso hay alguna otra razón de más peso para preferir la *ética* a la 'moral' o para que tantos caigan todavía en el *preveer*?

Es cosa que maravilla cómo, entre gente que enferma al menor esfuerzo conceptual y desconfía por pedante de quien lo intenta; que exige ir a lo concreto y dejarse de abstracciones; que no aguanta la lectura de cuatro folios de tímido pensamiento y acusa a su autor de humillarle con su elevado lenguaje...; entre esa gente, digo, florece la abstracción ampulosa como lo más natural del mundo. Aquí hasta el más lerdo habla como un torpe metafísico en ejercicio. El *existir* viene a reemplazar en todas partes al 'haber', igual que la *existencia* suple a la 'presencia' y la *inexistencia* a la 'carencia' o 'ausencia'. No se diga, pues, 'intención', sino más bien *intencionalidad*; ni 'fin', sino *finalidad*; ni 'potencia' o 'capacidad', sino *potencialidad*; ni 'necesidad', sino *necesariedad*; ni -quizá- 'competividad', sino *competitividad*; ni 'crédito', sino *credibilidad*; ni 'voluntad', sino *voluntariedad*; ni 'gobierno' o 'gobernación', sino *governabilidad*. La más simple 'obligación' se ha convertido en *obligatoriedad*, el 'todo' o 'el total' en *totalidad* (lo mismo que 'conjunto' ha venido a parar en *globalidad* y hasta en *globalización*), la 'razón' deja paso a la *racionalidad*, el modesto 'rigor' se trueca en *rigurosidad* y la 'eficacia' en *efectividad*. Pero es que la "disfunción" es *disfuncionalidad*, así como toda 'emoción' *emotividad*, y ya no hay 'peligro', sino *peligrosidad*. Donde estén las *motivaciones* que se quiten los 'motivos', no va usted a comparar, y qué es un 'límite' al lado de una *limitación* y un escueto 'valor' si se lo mide con la más sonora *valoración*, por no mentar la *valorización*...

Tal vez crean unos de buena fe que las palabras, como sus rostros, se encogen y arrugan y les conviene un estiramiento. Para otros, ésta es la fórmula segura de alzarse sobre el hablante medio y obtener un secreto prestigio. Y así, lo que comenzó como necio afán de notoriedad por parte de algunos se expande hasta el infinito gracias al mimetismo de todos los demás. De suerte que ya casi nada se 'funda', porque todo se *fundamenta* (y no en 'fundamento' alguno, sino en *fundamentaciones*); ni nada se 'distingue', sino que se *diferencia* (y la 'diferencia' deja su sitio a la *diferenciación*, lo 'diferente' o lo 'distinto' a lo *diferenciado* y lo 'indistinto' a lo *indiferenciado*); ni nada se 'usa', pues más bien se *utiliza* (y hace tiempo que la *utilización* ha dejado al 'uso' en desuso). Puestos a 'influir', habrá que *influenciar*, igual que, metidos a 'conectar', lo propio es *conexionar* y, si se trata simplemente de 'formar', más vale, por Dios,

*conformar* o *configurar*. Los más memos han logrado introducir la *incidencia* donde vendría a cuento el 'efecto' o 'impacto', lo *incierto* siempre por lo 'falso', la *potenciación* por el 'impulso' o el *seguimiento* por el 'control'.

Claro que, en esta gozosa tarea de descoyuntar el lenguaje ordinario, a menudo mediante la agresión, cada gremio aporta además su particular cagadica. El presunto experto dispone de bula para retorcer el idioma a su antojo, ante la sumisión reverente del resto de legos. El intelectual se recrea en el *vehicular* frente al 'llevar' o 'transportar', en el *articular* frente al 'componer' o 'enlazar', y lo suyo es *problematizar* lo que bastaría con 'cuestionar'. No hay político que no dedique su día a *posicionarse* y a emitir su *posicionamiento*, en lugar de 'pronunciarse', 'situarse' o adoptar una 'postura' o 'decisión', ni del que no se espere que sea *ejemplarizante* mejor que 'ejemplar'. Algunos se quejan de resultar *criminalizados*, que no 'incriminados', y otros se disponen a *institucionalizar* lo que haga falta, sin 'instituir' nada. ¿Habrá que referirse aún a la omnipresente *negociación*, que nunca es un 'trato' ni un 'diálogo'? Y el ejecutivo..., ah, el ejecutivo de vario pelaje, que ahora nos ofrece su servicio *personalizado* (o sea, más que 'personal'), ése es hoy un alto militar que ya no proyecta 'planes', sino que diseña *estrategias*. De su boca no faltará el *involucrar*, porque ha olvidado desde el 'abarcarse' o 'incluir' hasta el 'implicar' o 'envolver', ni el *sobredimensionamiento* o la *desestructuración* de su empresa, para decir vaya usted a saber qué...

Seguramente es que vivimos tiempos en que se habla demasiado. Aquella palabra pública, antes reservada a unos pocos y sólo para ocasiones solemnes, rueda hoy incontenible en el espacio de la publicidad política y de la comercial (esa que todo lo *publicita* y aun lo *serializa*). Quienes no han aprendido a valorarla, enseguida la encuentran trivial y están prestos a cambiarla por la primera que se les ofrezca. La feroz competencia para captar el favor del cliente, aturdido por el guirigay, apremia por igual a políticos y mercaderes a renovar cada campaña su mercancía verbal y a dotarla del máximo poder de seducción. Y ese poder en nuestros días no se alcanza por la

precisión, la eufonía o la verdad de las voces en juego, sino pura y simplemente por su largura.

Sería fácil demostrar que esa largura, al reducirnos en ideas, nos vuelve más cortos. Entretanto, escúchese al comentarista deportivo y se sabrá que el encuentro de fútbol *finaliza*, pero que no 'termina' ni 'acaba', por lo mismo que no tiene 'final' o 'término', sino *finalización* ; y que los goles ni se 'meten' ni se 'plasman' sino que se *materializan*. Para el presentador del telediario bombas y bombonas siempre *explosionan* y nunca 'explotan', los bancos se *fusionan* y jamás se 'funden', algunos terroristas quedan *resinsertados* en lugar de 'reinsertos'. Portavoces y comunicados de toda laya proponen *actuaciones* y no 'acciones', exigen *normativas* a falta de 'normas' e invocan una *reglamentación*, que siempre es mejor que un 'reglamento'. Y a ver quién es el tonto que pertenece hoy a un 'grupo' pudiendo formar parte de un *colectivo*, 'promueve' si está en su mano *promocionar* o encuentra 'sentido' a las cosas si les descubre su *significación* . Ya se ve que este mismo proceso de envaramiento del idioma, más que un hecho 'general', es un hecho *generalizado* .

¿Que una lengua, al fin producto histórico y cosa viva, tiene que evolucionar? Pues claro, hombre, pero no está mandado transformarla sólo a golpes de pedantería, ignorancia, pereza o memez de sus usuarios. También está escrito que, quien tenga oídos para oír, que oiga.

